

## LA CALLE

Cuando te encuentras en la calle, haces lo que sea por un trozo de pan. Él me brindaba una casa enorme, toda la comida que deseara e incluso criadas. Perfecto, ¿no? Solo tenía que ignorar que esa chica que me traía fruta todos los días a las 12:30 no era una criada, ni aquella que lavaba mi ropa interior cada domingo, ni siquiera la que preparaba la bañera antes de las 20:00. Eran todas prostitutas, chicas obligadas a obedecer y actuar por un techo, cubriendo las necesidades de su amo. Además, sabía que tarde o temprano encontraría otra chica que ocupase mi puesto y mi única oportunidad para seguir allí sería convertirme en una de ellas. Pero no podía ser tan malo, pensé, a cambio podría seguir teniendo una buena vida. Y al final aquel día llegó y fui sustituida. Nunca tuve mucho respeto por mí misma, así que por mí podía usarme. O eso creía. Una mañana me llamó a su habitación y me dijo que estaba molesto. El pánico me inundó, y me caí al suelo sin más, como un peso muerto. El golpe me despertó y me obligue a levantarme, a cumplir mi condena, pero no lo había visto acercarse. Me estampó la cabeza contra el suelo y me dio una patada. “Las putas sucias como tú no servís de nada, solo me estorbas”. Sin más, me cargó. Ni siquiera recuerdo que pasaba, estaba mareada. Lo siguiente que sentí fue el dolor más horrible de mi vida, por todo el cuerpo. No veía, pero al parecer me tiró por la ventana. Lo sé, surrealista. Pero su habitación era un cuarto piso, y yo tenía quince años. Nunca me había planteado que haría si me negaba o mostraba debilidad. Parece ser que no dudaba ni un segundo, nuestras vidas le daban igual. Solo nos quería para sentirse superior y poder usarnos.

Pedro Martínez-Lozano Peñas